

Este texto fue escrito originalmente para UN ESPEJO CÓSMICO, pero finalmente no fue incluido en el libro.

REFLEXIÓN EN EL ESPEJO

(Texto inédito)

Usamos espejos, evidentemente, para saber de nosotros mismos.

Escrutamos su reflejo para componer nuestro peinado, enrojecer nuestros labios, afeitar el brote de masculina vitalidad sombreando la quijada, conseguir un buen nudo para la corbata, dibujar con maquillaje un paisaje seductor en nuestro rostro.



O simplemente buscamos una sonrisa en la mirada del otro lado del espejo para salir animosos al mundo.

Podemos hacer, también, un uso más íntimo de la brillante luna del espejo, cuando le preguntamos con otro tiempo y otra retina por el misterio de nuestro ser. Con cuidado de liberar pacientemente la percepción sutil, para trascender el inevitable análisis crítico. Entrando en contemplación.

Sin apuro, sin juicios, el cuerpo, a cualquier edad, puede mostrar al alma el irreplicable secreto de su diseño. Dejando que la carne, ese tesoro terrestre esculpido por milenios en la confluencia de los ancestros, adquiera transparencia, se transfigure. Revelará entonces el molde de luz de nuestra esencia inmortal.

Cuando hemos dado toda la profundidad a este explorar, el alma constata de frente una belleza que siempre ha intuido, conociéndola ahora sin velos, con ojos de enamorada. El espejo cotidiano se ha vuelto mágico.

Pero no sólo son espejos los de vidrio y metal; todo lo que refleja algo de nuestra luz es también espejo.

Para el corazón, no hay espejo más anhelado que la limpia pupila del otro. Cada uno de los seres humanos que vamos encontrando en el camino nos devuelve imágenes, reflejos que nos alcanzan como oleajes de emoción, algunos lejanos, imperceptibles, otros, con esa cercanía que llamamos intimidad.

Sin embargo, tantos espejos humanos están dañados, trizados, dolorosamente opacos a la luz esencial. Como los espejos de algunos parques de diversiones, nos vemos en ellos distorsionados, irreconocibles. Oscurecidos con la oscuridad del espejo. Muchas veces, sobre todo en la infancia, damos crédito a esos reflejos que hieren y los guardamos como si fueran verdades.

Por eso, el anhelo constante de todos los corazones es el encuentro sin barreras, sin filtros de intención o defensa, en que el otro abre su atención pura y su mirada nos envuelve como un abrazo sanador.

Esa experiencia cuyo nombre universal es amor.

Existe otro tipo de espejo, un espejo cómplice, tramposo, que tienta desde el interior. Es el espejo de la madrastra de Blanca Nieves, ése al que le preguntaba con ansiedad, "Espejito, espejito, dime: ¿Quién es la más hermosa?".

Todos consultamos, furtivamente o a sabiendas, este espejo halagador. La pregunta, claro, se hace a la medida de cada cual. ¿Espejito, quién es el más inteligente? ¿Quién hace mejor las cosas? ¿Quién, el más atractivo? ¿Quién cumple con más exactitud las reglas? ¿Quién, el más injustamente incomprendido?

Este espejo del ego miente. Su imagen idealizada nos complace sólo un instante, porque no alcanza a aplacar la devoradora inseguridad del fondo. Además, aunque pugnemus por no escucharla, hay otra voz que nos recuerda sin cansarse nunca: Blanca Nieves es la más bella. Blanca Nieves simboliza, naturalmente, nuestra esencia inocente, espontánea, pura. La misma que asoma radiante en nuestras fotos de niños. La misma que cuando ilumina la sonrisa de un ser sincero, nos entibia sin remedio el corazón.

Sin importar cuánto nos hayamos olvidado, ese ser de luz que verdaderamente somos siempre nos espera, aquí y ahora. Sólo le falta mirarse al espejo.

Las tradiciones de sabiduría llegan aún más lejos con el símil del espejo. Afirman que la realidad misma actúa como espejo de la conciencia: el gran espectáculo de nuestra experiencia, un reflejo fiel de los estados del alma. En verdad, hay momentos en que salimos a la calle y percibimos la escena como una pesadilla de viscosas energías; otros días, la misma calle nos parece rutinaria, sin novedad. Hay también instantes de gracia en que la calle palpita con luz de amor, y las personas avanzan por sendas de armonía, revelando sin saberlo un maravilloso secreto.

La belleza, se ha reiterado, reside en el ojo del observador.

Gonzalo Pérez Benavides
gonzapb@gmail.com - www.gonzalopez.cl
Teléfono: (56-2) 273 6039
Santiago, Chile